

# Composición

*Revista de filosofía habitable*



Composición. Revista de filosofía habitable · Vol. 1, núm. 1 · 24 de abril de 2026

# Verdad material y composición: hacia una teoría compositonista de la verdad

**Jorge Santoveña Martín**

Graduado en Filosofía, Política y Economía (Universidad Pontificia Comillas); Máster Universitario en Análisis Político (Universitat Oberta de Catalunya); Licenciado en Historia (Universidad de Oviedo) y en Sociología y Ciencias Políticas (UNED); profesor de Geografía e Historia de Educación Secundaria y Bachillerato.

## Resumen

Este artículo desarrolla la teoría compositonista de la verdad como eje gnoseológico del sistema. Frente a las concepciones clásicas —verdad como contemplación, correspondencia, coherencia o consenso— se propone entender la verdad como reconstrucción operatoria rigurosa de estructuras reales bajo la resistencia efectiva del mundo. Se argumenta que esta concepción permite superar tanto el idealismo como el relativismo, integrando ontología (*symploké* material), subjetividad (organización producida) y normatividad (consistencia objetiva). Asimismo, se analizan las implicaciones de esta propuesta para la ciencia, la dialéctica, la política y la crítica de la doxa.

**Palabras clave:** *Compositonismo; verdad; symploké; gnoseología; materialismo; doxa; consistencia.*

## Abstract

This article develops the compositionist theory of truth as the epistemological core of the system. Against classical accounts—truth as contemplation, correspondence, coherence, or consensus—it proposes to understand truth as the rigorous operative reconstruction of real structures under the effective resistance of the world. This conception is shown to overcome both idealism and relativism by integrating ontology (*material symploké*), subjectivity (produced organization), and normativity (objective consistency). The article also examines its implications for science, dialectics, politics, and the critique of doxa.

**Keywords:** *Compositionism; truth; symploké; epistemology; materialism; doxa; consistency.*

## 1. Introducción: el problema contemporáneo de la verdad

La verdad es uno de los conceptos más erosionados y problemáticos de la filosofía contemporánea. Lejos de constituir un punto de acuerdo, se ha convertido en un campo de tensiones donde confluyen tradiciones incompatibles y respuestas insuficientes. Por un lado, la herencia clásica ha transmitido modelos fuertes —verdad como correspondencia, adecuación o contemplación de lo real— que, aunque conservan una intuición valiosa de objetividad, resultan difíciles de sostener en un marco materialista que rechaza toda forma de trascendencia o duplicación ontológica del mundo. Por otro, las corrientes críticas contemporáneas han reaccionado frente a estos modelos debilitando progresivamente la noción de verdad, hasta disolverla en coherencia discursiva, consenso intersubjetivo o construcción social.

Esta doble deriva genera una situación teórica inestable. Las teorías clásicas de la verdad, en sus distintas variantes, presuponen una relación entre pensamiento y realidad que no logran explicar sin recurrir, explícita o implícitamente, a algún tipo de exterioridad normativa: un orden inteligible, una estructura lógica independiente o un criterio de adecuación que no se justifica desde la propia materialidad del mundo. En este sentido, incluso cuando se presentan como empiristas o científicas, muchas de estas teorías mantienen residuos idealistas al suponer un acceso transparente o privilegiado a lo real.

Por el contrario, las posiciones relativistas o constructivistas, al rechazar cualquier instancia de objetividad fuerte, terminan por igualar todos los discursos en términos de validez, reduciendo la verdad a efectos de poder, lenguaje o acuerdo. El problema de esta estrategia no es solo teórico, sino práctico: si toda verdad es relativa a un marco discursivo, desaparece la posibilidad de distinguir entre conocimiento y apariencia organizada, entre crítica y reproducción ideológica.

El resultado es una doble insuficiencia estructural: o bien se conserva una noción de verdad que depende, en última instancia, de algún tipo de trascendencia —sea lógica, lingüística o metafísica—, o bien se renuncia a toda objetividad fuerte, cayendo en formas más o menos sofisticadas de relativismo. En ambos casos, la verdad pierde su función racional más importante: servir como criterio de distinción entre formas de conocimiento que permiten habitar el mundo con mayor consistencia y aquellas que lo distorsionan o lo ocultan.

El Compositonismo interviene en este escenario mediante su operación filosófica característica: conservar la función racional de la verdad —esto es, su capacidad de discriminar entre apariencia y estructura, entre error y conocimiento— y destruir su soporte trascendente. Esta operación no implica una simple reformulación terminológica, sino una reconfiguración profunda del problema gnoseológico. La verdad deja de entenderse como relación estática entre dos términos previamente dados (pensamiento y realidad) y pasa a concebirse como un proceso material, situado y operatorio que tiene lugar dentro del propio mundo.

Desde esta perspectiva, la verdad no desaparece ni se debilita, sino que se redefine en términos más exigentes. Ya no puede apoyarse en garantías externas ni en evidencias inmediatas; debe producirse mediante operaciones rigurosas que se enfrentan a la resistencia efectiva de lo real. Este desplazamiento permite mantener la objetividad sin recurrir a trascendencia alguna y, al mismo tiempo, evita la deriva relativista al introducir un criterio material de validación.

Así, el problema contemporáneo de la verdad no se resuelve eligiendo entre modelos heredados o su disolución crítica, sino reformulando el propio concepto desde una ontología material de la composición. La verdad no es algo que se posee ni que se contempla desde fuera del mundo: es algo que se produce dentro de él, en condiciones determinadas, y cuya validez depende de su capacidad para reconstruir estructuras reales sin quedar absorbida por la apariencia organizada.

## 2. Crítica a las teorías clásicas de la verdad

Las principales teorías de la verdad, a pesar de sus diferencias históricas y conceptuales, comparten un límite estructural común: ninguna logra integrar plenamente la verdad en la materialidad de las operaciones que la producen. Todas ellas, de un modo u otro, separan la verdad de los procesos efectivos mediante los cuales el sujeto interviene en el mundo y reconstruye sus estructuras. El resultado es una concepción insuficiente que oscila entre el idealismo residual y el relativismo práctico.<sup>1</sup>

La teoría de la correspondencia define la verdad como adecuación entre pensamiento y realidad. Esta concepción conserva una intuición fundamental: la verdad no depende únicamente del discurso, sino que remite a una realidad independiente. Sin embargo, su problema estructural es doble. En primer lugar, presupone dos términos ya dados —mente y mundo— sin explicar cómo se establece la relación entre ambos. La «adecuación» aparece como un criterio externo que no puede justificarse sin recurrir a algún tipo de instancia trascendente o a una transparencia inmediata del conocimiento que resulta filosóficamente problemática. En segundo lugar, tiende a concebir la relación con lo real como una especie de reflejo pasivo, ignorando el carácter operatorio, mediado y técnico del conocimiento. No explica cómo se construyen los propios «hechos» a los que supuestamente se adecúa el pensamiento, ni cómo intervienen en ese proceso las prácticas científicas, los instrumentos y las estructuras sociales.

La teoría de la coherencia identifica la verdad con la consistencia interna de un sistema de proposiciones. Esta posición tiene la virtud de subrayar el carácter sistemático del conocimiento: las proposiciones no se verifican aisladamente, sino dentro de redes conceptuales. Sin embargo, su límite es evidente: un sistema puede ser perfectamente coherente y, sin embargo, no corresponder a las estructuras reales del mundo. La coherencia no garantiza la verdad, sino únicamente la consistencia interna de un discurso. Además, tiende a cerrar el sistema sobre sí mismo, debilitando el papel de la realidad como instancia de corrección. Si la validación se produce exclusivamente en el interior del sistema, se pierde el contacto con la resistencia efectiva del mundo, y la verdad se convierte en una propiedad puramente lógica o discursiva.

<sup>1</sup> La crítica a las cuatro teorías clásicas de la verdad no concluye con un rechazo total de ninguna. El Compositonismo conserva una función racional parcial en cada una: la referencia a lo real en la correspondencia, la sistematicidad en la coherencia, la dimensión práctica en el pragmatismo, la dimensión social en el consenso. Lo que destruye es el soporte que convierte cada una de esas funciones en criterio último y suficiente. Esta es la operación filosófica característica del sistema en toda su extensión: conservar la función, destruir la trascendencia.

El pragmatismo vincula la verdad a la utilidad o al éxito práctico. Esta concepción introduce un elemento decisivo: la relación entre verdad y práctica. Reconoce que el conocimiento no es contemplativo, sino operativo. Sin embargo, su problema es que tiende a identificar la eficacia con la verdad. No todo lo que funciona es verdadero en sentido estructural; muchas formas de apariencia organizada pueden ser altamente eficaces sin reconstruir adecuadamente lo real. Ciertas ideologías, modelos económicos o tecnologías pueden producir resultados inmediatos y exitosos, y sin embargo estar basados en simplificaciones o distorsiones profundas de las estructuras materiales.

Las teorías del consenso, especialmente en su versión comunicativa, asocian la verdad al acuerdo intersubjetivo alcanzado en condiciones ideales de diálogo. Esta posición tiene el mérito de destacar la dimensión social del conocimiento y de evitar el subjetivismo individual. Sin embargo, su límite es que el consenso no garantiza la verdad. Las comunidades humanas pueden estabilizar creencias falsas durante largos periodos, especialmente cuando están insertas en estructuras materiales que reproducen determinadas formas de apariencia. El consenso puede ser efecto de poder, de tradición o de cierre ideológico, y no necesariamente de una confrontación efectiva con lo real.

A pesar de sus diferencias, todas estas teorías comparten una misma insuficiencia: separan la verdad de la operación material sobre lo real. El Compositivismo no rechaza completamente estas teorías. Reconoce en ellas funciones parciales: la referencia a lo real (correspondencia), la sistematicidad (coherencia), la dimensión práctica (pragmatismo) y la dimensión social (consenso). Sin embargo, muestra que ninguna de ellas es suficiente por sí sola, porque ninguna sitúa la verdad en su lugar propio: el campo de las operaciones materiales sometidas a la resistencia efectiva del mundo. La tarea filosófica no consiste, por tanto, en elegir entre estas teorías, sino en invertir su planteamiento. La verdad no debe pensarse como una propiedad estática de proposiciones, sino como un proceso dinámico de reconstrucción operatoria que integra referencia, coherencia, práctica y socialidad bajo un criterio material más fundamental.

### 3. La inversión compositivista de la verdad

La inversión compositivista de la verdad debe entenderse como una aplicación estricta de la operación central del sistema: conservar la función racional y destruir la trascendencia. En este caso, la función racional de la verdad es irrenunciable: distinguir entre apariencia y estructura, entre error y conocimiento, entre discurso que reproduce la doxa y reconstrucción que accede a lo real. Lo que debe destruirse no es, por tanto, la verdad misma, sino el soporte metafísico con el que la tradición la fijó durante siglos. La verdad deja de ser contemplación y pasa a ser reconstrucción operatoria de estructuras reales bajo la resistencia del mundo.

La definición nuclear del sistema es precisa: la verdad es la reconstrucción operatoria rigurosa de estructuras reales bajo la resistencia efectiva del mundo. Esta definición no es una simple reformulación terminológica, sino una reorganización completa del problema gnoseológico. En primer lugar, desplaza la verdad del registro de la visión al de la operación. Conocer no es contemplar un orden separado ni recibir pasivamente impresiones, sino intervenir, medir, distinguir, construir, contrastar y corregir. No hay contemplación pura; todo conocer es mediado y operatorio, y no hay salida del mundo, porque la reconstrucción se realiza dentro del mundo material. En segundo lugar, esta definición convierte la verdad en una práctica rigurosa. La palabra «rigurosa» resulta aquí decisiva, porque impide confundir reconstrucción con arbitrariedad creadora o con invención libre de relatos. No toda operación produce verdad. Para que haya verdad, la operación debe ser disciplinada, corregible, metódica y capaz de someterse a prueba.

La inversión implica, por tanto, una transformación completa de los términos clásicos del debate. No es contemplación, sino operación: la verdad deja de aparecer como visión pura de un orden eterno y pasa a depender de prácticas materiales de reconstrucción. No es adecuación abstracta, sino reconstrucción: no se trata de comparar un pensamiento ya dado con una realidad ya dada, sino de producir mediaciones capaces de reconstruir estructuras, relaciones y niveles de lo real. No es consenso, sino enfrentamiento con lo real: el acuerdo puede acompañar la verdad, pero no sustituye el papel decisivo de la resistencia del mundo. No es coherencia, sino estructura material: un sistema puede ser internamente consistente y, sin embargo, no haber reconstruido nada real.

El núcleo más fuerte de esta inversión reside en la noción de resistencia efectiva del mundo. La verdad no se valida desde una exterioridad trascendente, pero tampoco desde la pura interioridad del discurso. Se valida porque lo real resiste a nuestras operaciones, las corrige, las obliga a reformularse y les impone límites. Donde no hay resistencia, no hay verdad en sentido fuerte, sino apariencia organizada. Esta tesis tiene una consecuencia filosófica decisiva: la verdad deja de ser una relación pasiva entre un sujeto y un objeto para convertirse en una práctica activa, situada y conflictiva. Es activa porque implica operaciones; situada porque se realiza desde dentro del mundo, con cuerpo, lenguaje, técnica e historia; y conflictiva porque se produce en el choque entre nuestras reconstrucciones y la resistencia de lo real.<sup>2</sup> La inversión compositivista obliga también a repensar el papel del cuerpo, del lenguaje y de la subjetividad producida. El cuerpo no es obstáculo para la verdad, sino su puerta material. El lenguaje no crea ex nihilo el conocimiento, pero sin él no hay estabilización ni articulación de lo conocido. Y no cualquier subjetividad conoce del mismo modo: conocer exige un alma formada para soportar mediación, demora, corrección y verdad contra la inmediatez de la doxa. Todo ello significa que la verdad no depende de una conciencia abstracta, sino de una organización subjetiva históricamente producida y disciplinada para la reconstrucción.

En este punto, la teoría compositivista de la verdad se distancia igualmente del escepticismo y del dogmatismo. No es dogmática, porque reconoce el carácter finito, mediado y corregible del conocimiento. No es escéptica, porque sostiene que la realidad es cognoscible allí donde puede ser reconstruida operatoriamente. La realidad es cognoscible, pero no agotable; no hay conocimiento pleno ni transparencia absoluta, pero tampoco relativismo ni escepticismo.

### 4. Verdad como reconstrucción operatoria

La tesis compositivista según la cual la verdad es reconstrucción operatoria obliga a reformular de raíz el acto mismo de conocer. Conocer no es reflejar, copiar ni representar pasivamente una realidad previamente dada, sino operar sobre ella mediante mediaciones materiales que permiten reconstruir sus estructuras. Esta operación no es arbitraria ni libre en sentido absoluto, sino situada, limitada y constantemente corregida por la resistencia del mundo.

El conocimiento deja así de entenderse como una relación especular entre un sujeto y un objeto y pasa a concebirse como un proceso activo en el que intervienen múltiples dimensiones materiales. No hay acceso inmediato a lo real: toda verdad es el resultado de una serie de operaciones que articulan percepción, acción, lenguaje, técnica y método. En este sentido, toda verdad implica necesariamente una composición de elementos heterogéneos: el cuerpo —la percepción como actividad corporal situada—, el lenguaje —condición de posibilidad de toda reconstrucción—, la técnica —que amplía el acceso a dimensiones de lo real que de otro modo permanecerían inaccesibles—, el método —que garantiza disciplina, repetición y corrección— y la dialéctica —el contraste, la oposición y la crítica como dimensiones imprescindibles—. Estas dimensiones no son externas entre sí, sino que forman parte de una misma estructura operatoria.

La reconstrucción es operatoria porque no se limita a describir lo real, sino que interviene en él y lo transforma. Al operar sobre un objeto, no solo lo observamos, sino que modificamos sus condiciones, aislamos variables, generamos nuevas relaciones y hacemos visibles estructuras que no estaban dadas de manera inmediata. Este carácter transformador no invalida la verdad; al contrario, es lo que la hace posible. Además, la reconstrucción operatoria reorganiza las relaciones entre los elementos de lo real y permite la reproducción de estructuras. Una reconstrucción es verdadera en la medida en que puede ser repetida, contrastada y aplicada en diferentes contextos sin perder su validez estructural.

Este enfoque permite comprender de manera más precisa el estatuto de la ciencia. La ciencia no «descubre» pasivamente una realidad ya formada, como si se limitara a retirar un velo que oculta lo que siempre ha estado ahí. Tampoco inventa arbitrariamente sus objetos. La ciencia reconstruye operatoriamente lo real mediante experimentos, modelos, simulaciones y mediaciones técnicas que permiten acceder a niveles de estructura que no son inmediatamente visibles. Un experimento no es una simple observación controlada, sino una operación compleja que produce condiciones artificiales para hacer aparecer relaciones estructurales. Un modelo científico no es una copia de la realidad, sino una reconstrucción que selecciona, simplifica y organiza elementos para hacer inteligible un fenómeno. En ambos casos, la verdad no reside en una correspondencia directa, sino en la capacidad de la reconstrucción para sostenerse bajo la resistencia del mundo.

Esta concepción permite también evitar dos reduccionismos frecuentes. Por un lado, el empirismo ingenuo, que identifica la verdad con la observación directa y olvida el papel de las mediaciones operatorias. Por otro, el constructivismo radical, que reduce la verdad a una construcción discursiva sin anclaje en la resistencia material. La reconstrucción operatoria integra ambos momentos: reconoce el papel activo del sujeto y sus mediaciones, pero mantiene la primacía de lo real como instancia de validación.

En última instancia, entender la verdad como reconstrucción operatoria implica asumir que conocer es siempre un trabajo, no un estado. Un trabajo que exige disciplina, mediación, corrección y confrontación con lo real. No hay acceso inmediato ni garantía absoluta, pero tampoco arbitrariedad. La verdad se construye, pero no se inventa; se produce, pero no se decide; se alcanza, pero siempre bajo condiciones materiales que la limitan y la hacen posible.

### 5. La resistencia del mundo como criterio de verdad

<sup>2</sup> La noción de resistencia efectiva del mundo como criterio material de verdad no debe confundirse con el realismo científico clásico ni con el empirismo. No se afirma que lo real sea directamente accesible como hecho bruto: lo real opone límites, genera fricción y obliga a corregir operaciones, pero esa resistencia no es un dato dado, sino algo que debe ser reconstituido dentro de prácticas operatorias rigurosas. La resistencia no es más transparente que lo que resiste. El punto de contraste con Bunge es relevante aquí: Bunge sostiene la cognoscibilidad del mundo desde una posición ontológica realista, pero sin articular la dimensión normativa que en el Compositivismo emerge de la consistencia objetiva de las composiciones.

Este es el punto decisivo del Composicionismo y el núcleo que permite sostener una concepción fuerte de la verdad sin recurrir a ninguna forma de trascendencia. Si la verdad ya no se fundamenta en la contemplación de un orden separado, ni en la coherencia interna de un discurso, ni en el consenso social, entonces debe encontrar su criterio en otro lugar. Ese lugar no es exterior al mundo, sino interno a él: la resistencia efectiva de lo real.

La resistencia no es una metáfora, sino una propiedad estructural de la materialidad. Significa que el mundo no es indefinidamente maleable ni disponible para nuestras construcciones, sino que opone límites, genera fricción y obliga a corregir nuestras operaciones. Es precisamente esa resistencia la que hace posible distinguir entre lo que simplemente funciona como apariencia y lo que logra reconstruir estructuras reales. Esto implica, en primer lugar, que el mundo no se deja manipular libremente. Las cosas, los procesos, los sistemas materiales tienen su propia consistencia, sus propias relaciones internas y sus propios límites. En segundo lugar, implica que las operaciones cognitivas están sometidas a error, corrección y ajuste. La verdad no aparece como evidencia inmediata, sino como resultado de un proceso en el que las hipótesis son puestas a prueba, fallan, se modifican y se refinan.

Este punto permite reformular de manera precisa la distinción entre verdad y apariencia. Donde no hay resistencia, no hay verdad en sentido fuerte. En su lugar aparece lo que el Composicionismo denomina apariencia organizada (doxa): formas de discurso, percepción o creencia que funcionan dentro de un sistema cerrado, pero que no han sido sometidas a la prueba efectiva de lo real. La doxa no es simplemente error individual, sino un régimen estructural en el que las operaciones quedan protegidas de la resistencia. Esto puede ocurrir por múltiples vías: aislamiento del contraste empírico, cierre ideológico, refuerzo institucional, mediaciones técnicas que filtran la experiencia o estructuras sociales que estabilizan determinadas creencias.

A partir de aquí se establece una distinción fundamental: el conocimiento está sometido a la resistencia del mundo, acepta la posibilidad de error, se corrige y se reorganiza en función de esa resistencia; la ideología se protege de la resistencia, evita la confrontación con lo real o la neutraliza, y estabiliza sus contenidos mediante mecanismos internos. Esta distinción no es meramente teórica, sino práctica. Una teoría científica se expone constantemente a la resistencia del mundo mediante experimentos, mediciones y contrastes. Una ideología, en cambio, tiende a reinterpretar cualquier resistencia como confirmación de sí misma o a excluirla como irrelevante.

La resistencia del mundo introduce, además, un criterio material de normatividad. No todas las formas de conocimiento son equivalentes, porque no todas se someten del mismo modo a la prueba de lo real. Aquellas que logran sostenerse bajo condiciones de resistencia más exigentes poseen un mayor grado de verdad. No porque se acerquen a una esencia trascendente, sino porque han logrado reconstruir estructuras que no se dejan desmentir fácilmente por la experiencia.

Este enfoque permite también evitar dos extremos. Por un lado, el dogmatismo, que pretende poseer la verdad de manera definitiva y niega la posibilidad de corrección. Por otro, el relativismo, que disuelve toda verdad al no reconocer ningún criterio material de validación. La resistencia del mundo introduce una vía intermedia: la verdad es siempre corregible y situada, pero no arbitraria. Sin resistencia no hay conocimiento, solo apariencia organizada.

## 6. Symploké material y estructura de la verdad

La teoría composicionista de la verdad no puede comprenderse sin su anclaje ontológico en la noción de symploké material. Si lo real no está compuesto por entidades aisladas ni por una totalidad absolutamente continua, entonces la verdad no puede consistir en la captación de «cosas» independientes, sino en la reconstrucción de estructuras relacionales. La verdad no se refiere primariamente a objetos, sino a formas de articulación entre elementos materiales.<sup>3</sup>

Esto implica un desplazamiento decisivo: conocer no es identificar unidades discretas ni acumular datos, sino reconstruir redes de relaciones, niveles de organización y mediaciones efectivas. Una proposición aislada, por sí misma, no es verdadera en sentido fuerte; lo es en la medida en que se inscribe en una reconstrucción estructural que da cuenta de cómo los elementos se conectan, se condicionan y se transforman mutuamente. Desde la perspectiva de la symploké material, lo real es una red de relaciones, no un conjunto de sustancias independientes ni un flujo indiferenciado; la verdad reconstruye esas relaciones, no se limita a señalar hechos aislados; y no todo está conectado, pero nada está completamente aislado, lo que introduce una estructura diferencial en la realidad.

La verdad es, por tanto, estructural y situada. Es estructural porque se refiere a relaciones objetivas que organizan lo real; y es situada porque toda reconstrucción se realiza desde una posición concreta, con mediaciones determinadas y dentro de un campo limitado de operaciones. No existe una «verdad total» accesible desde ningún punto de vista absoluto, pero tampoco existe una pluralidad de verdades incommunicables sin ningún tipo de estructura común. La symploké material introduce una alternativa más precisa: existen múltiples reconstrucciones verdaderas, pero estas no son arbitrarias ni incommunicables, sino que pueden articularse, contrastarse y reorganizarse en función de las relaciones reales que logran captar.

Además, esta perspectiva permite entender por qué el conocimiento avanza mediante la integración progresiva de niveles y relaciones. Una reconstrucción puede ser verdadera en un determinado ámbito y, sin embargo, resultar insuficiente cuando se amplía el campo de relaciones consideradas. La verdad no se niega en este proceso, sino que se rearticula en estructuras más complejas. Por ejemplo, una descripción física de un fenómeno puede ser verdadera en su nivel, pero no agota su dimensión biológica, psicológica o social. La symploké permite comprender cómo estos niveles no se reducen entre sí, pero tampoco son independientes.

Esto tiene también consecuencias para la crítica de la apariencia. Muchas formas de doxa operan precisamente fragmentando la realidad o, en el extremo opuesto, presentándola como una totalidad indiferenciada. En el primer caso, se pierde la estructura; en el segundo, se pierde la diferencia. La verdad composicionista exige evitar ambos errores, reconstruyendo relaciones reales sin borrar sus límites ni absolutizarlas. La verdad no es ni fragmentaria ni total absoluta: es estructura en composición, siempre abierta a nuevas articulaciones, pero anclada en relaciones materiales que no pueden ser arbitrariamente modificadas.

## 7. Error, doxa y caverna

La falsedad no puede entenderse, desde el Composicionismo, como una simple «equivocación» puntual o como un fallo accidental del sujeto. Reducir la falsedad a error psicológico o a déficit cognitivo impide comprender su dimensión estructural. La falsedad adopta formas diferentes, con grados distintos de estabilidad y profundidad, y no todas ellas se dejan corregir del mismo modo. Por ello, el Composicionismo introduce una distinción fundamental entre error, doxa y caverna.<sup>4</sup>

El error es la forma más básica y, al mismo tiempo, la más corregible de falsedad. Consiste en un fracaso operatorio: una reconstrucción que no logra sostenerse bajo la resistencia del mundo. El error no es, por tanto, una simple desviación subjetiva, sino una operación que ha sido puesta a prueba y que no ha logrado reconstruir adecuadamente una estructura real. Su rasgo distintivo es que permite corrección: al enfrentarse con la resistencia de lo real, el error se revela como tal y obliga a modificar la operación. Esto implica que el error forma parte constitutiva del conocimiento. No es un obstáculo externo, sino un momento necesario del proceso de reconstrucción. Allí donde hay operaciones rigurosas sometidas a contraste, hay necesariamente error, ajuste y corrección.

La doxa representa un nivel más complejo y problemático. No es simplemente error individual, sino apariencia organizada materialmente. La doxa no consiste en una percepción equivocada aislada, sino en un conjunto de representaciones, discursos y prácticas que se sostienen y se reproducen dentro de un marco social determinado. Es, por tanto, una forma de conocimiento aparente que funciona, que tiene coherencia interna y que puede incluso resultar eficaz en ciertos contextos, pero que no ha sido sometida de manera efectiva a la resistencia del mundo. La doxa no es ignorancia simple, sino producción activa de apariencia: está estructurada por el lenguaje, sostenida por la técnica y condicionada políticamente, en la medida en que la polis produce y reproduce determinados regímenes de visibilidad y de interpretación.

La noción de caverna permite dar un paso más en la comprensión de la falsedad. No se trata ya de contenidos falsos ni de apariencias organizadas, sino de un régimen estructural completo que impide el acceso a la verdad. La caverna no es un lugar físico ni una metáfora psicológica, sino un dispositivo material complejo que articula formas de producción de imágenes, estructuras de poder, mediaciones técnicas y hábitos subjetivos. En la caverna, la doxa no aparece como apariencia, sino como realidad misma. Los sujetos no saben que están en la caverna porque todo su campo de experiencia está configurado por ella. Esto implica que la falsedad puede alcanzar un nivel en el que deja de ser corregible mediante operaciones ordinarias. No basta con señalar errores o introducir argumentos; es necesario transformar las condiciones materiales que producen y sostienen la apariencia.

Estas tres dimensiones no son independientes, sino que se articulan en distintos niveles: el error es local, puntual y corregible; la doxa es sistemática, socialmente producida y relativamente estable; la caverna es estructural, totalizante y dificulta radicalmente el acceso a la verdad. Por todo ello, la verdad exige algo más que corrección cognitiva: exige ruptura con la caverna. Esta ruptura no es un acto puramente intelectual ni un gesto individual aislado. Es un proceso complejo que implica desestabilizar formas de apariencia consolidadas, someterlas a la resistencia de lo real, reorganizar las mediaciones técnicas y simbólicas, y producir nuevas condiciones de acceso al mundo. La verdad, en este sentido, no es solo reconstrucción operatoria, sino también práctica de liberación respecto de regímenes de apariencia.

<sup>3</sup> La tesis de que la verdad es estructural y situada —anclada en la symploké material pero producida desde una posición concreta— es el punto en que el Composicionismo se distancia de forma más precisa de la tradición de Bueno. Para Bueno, el cierre categorial de las ciencias produce verdad objetiva dentro de campos definidos; la filosofía trabaja entre cierres sin cerrar ella misma. El Composicionismo acepta la distinción de niveles pero rechaza que la verdad filosófica quede reducida a articulación entre cierres científicos: la reconstrucción operatoria dialéctica tiene su propia forma de validación a través de la resistencia del mundo común, irreductible a ninguna ciencia regional.

<sup>4</sup> La distinción entre error, doxa y caverna introduce tres niveles de análisis que no pueden reducirse entre sí. El error es corregible mediante mayor rigor operatorio. La doxa requiere intervención sobre las condiciones materiales que la producen y estabilizan, no solo mejores argumentos. La caverna exige transformar el régimen mismo de visibilidad, lo cual es tanto una tarea gnoseológica como política. Un sistema que solo reconociera el error ignoraría la dimensión estructural de la falsedad; un sistema que solo reconociera la caverna no podría pensar la posibilidad de corrección gradual dentro de condiciones dadas.

## 8. Verdad y práctica: ciencia, dialéctica y vida

La verdad no pertenece a un único ámbito ni se deja encerrar en una sola práctica privilegiada. Si el Composicionismo la define como reconstrucción operatoria rigurosa de estructuras reales bajo la resistencia del mundo, entonces esa definición debe desplegarse en diferentes planos de la experiencia humana. La verdad no se agota en la ciencia, aunque la ciencia represente una de sus formas más rigurosas; tampoco se reduce a la filosofía, aunque la dialéctica sea indispensable para articular mediaciones y niveles; y no desaparece en la vida cotidiana, aunque allí opere de modo menos formalizado.

La ciencia representa la máxima formalización de la reconstrucción operatoria. No porque posea toda la verdad ni porque agote lo real, sino porque instituye procedimientos especialmente rigurosos para reconstruir estructuras en campos determinados. La ciencia no es contemplación de Ideas separadas, sino práctica operatoria rigurosa de reconstrucción de estructuras reales mediante mediaciones técnicas, experimentales y conceptuales, siempre sometida a la resistencia efectiva del mundo. La verdad científica no es posesión absoluta, sino reconstrucción corregible y acumulable de estructuras regionales; no agota la realidad, pero es objetiva en su campo. Esto permite evitar dos errores simétricos: el cientificismo, que absolutiza la ciencia, y el anti-cientificismo, que la reduce a ideología o a simple técnica de poder. El Composicionismo reconoce en la ciencia una práctica privilegiada de verdad, pero situada, finita y dependiente de condiciones históricas y políticas.

La dialéctica ocupa un lugar distinto, pero igualmente decisivo. Si la ciencia reconstruye campos determinados, la dialéctica analiza mediaciones, contradicciones y niveles, articulando esos campos en totalidades no cerradas. La dialéctica no es mera disputa verbal ni lógica formal de oposiciones abstractas. Es método material de trabajo filosófico con las conexiones de lo real. Su tarea consiste en mostrar cómo un fenómeno remite a otros niveles, cómo una estructura aparente encubre mediaciones más profundas y cómo determinadas contradicciones no pueden resolverse permaneciendo en el mismo plano. La verdad dialéctica no sustituye a la verdad científica, pero tampoco puede reducirse a ella. Allí donde la ciencia se concentra en campos relativamente delimitados, la dialéctica trabaja sobre articulaciones más amplias: entre subjetividad y polis, entre técnica y deseo, entre conocimiento y apariencia, entre forma y historia.

La verdad no se agota, sin embargo, en la ciencia ni en la filosofía. También la vida cotidiana contiene prácticas de ajuste, contraste y corrección en el mundo común. Orientarse en un espacio, interpretar una situación, corregir un hábito, evaluar una relación, aprender una destreza o distinguir entre una apariencia y una realidad práctica son ya formas elementales de trabajo con la verdad. La diferencia respecto a la ciencia y la dialéctica es que estas prácticas cotidianas suelen ser menos formalizadas, más locales y más vulnerables a la doxa. Sin embargo, no por ello son irrelevantes. Por eso la vida ordinaria necesita tanto de la ciencia como de la dialéctica: la primera para formalizar reconstrucciones rigurosas, la segunda para romper cierres ideológicos y mostrar mediaciones invisibles.

De aquí se sigue una consecuencia política importante. Si la verdad no es privilegio natural ni simple opinión generalizada, la polis tiene una responsabilidad decisiva en su producción. Una comunidad puede organizar instituciones, mediaciones y formas de educación que favorezcan la ciencia, la dialéctica y el ajuste cotidiano a lo real, o bien puede producir regímenes de apariencia que capturen a las subjetividades y bloqueen su acceso a reconstrucciones más consistentes. Por eso el problema de la verdad no puede separarse del de la paideia, la técnica y la organización del mundo común.

## 9. Normatividad: verdad y consistencia objetiva

La verdad tiene implicaciones normativas decisivas. No es una categoría puramente gnoseológica, aislada del resto de la vida humana, ni un lujo teórico reservado a la contemplación o al debate académico. En el Composicionismo, la verdad atraviesa directamente la cuestión de la consistencia de las formas de vida. Allí donde una subjetividad, una institución o una polis se organizan sobre la base de falsedades estructurales, la descomposición no es un accidente secundario, sino una consecuencia interna de esa organización.<sup>5</sup>

Esto se comprende mejor si se recuerda que el bien, en el sistema composicionista, no es una instancia trascendente, sino consistencia objetiva de una forma de vida. Una forma es mejor cuando logra sostener su composición sin autodestruirse ni destruir las condiciones materiales que la hacen posible. Desde este punto de vista, la verdad no aparece como un valor añadido, sino como una condición interna de esa consistencia. Una vida, una subjetividad o una organización política que reposan sobre apariencias sistemáticas, negaciones de lo real o mecanismos estructurales de ocultación acaban perdiendo la capacidad de orientarse adecuadamente en el mundo y, por tanto, de sostenerse en él.

Por ello, una forma de vida basada en falsedad estructural no solo se equivoca: pierde consistencia y se descompone. La falsedad estructural no designa aquí una mentira ocasional ni un error local corregible, sino una organización entera de la experiencia, del discurso o de la práctica que se protege sistemáticamente de la resistencia de lo real. Una subjetividad que vive enteramente en apariencia organizada puede seguir funcionando durante un tiempo, e incluso mostrar eficacia parcial, pero lo hace al precio de una creciente fragilidad interna. La desconexión entre operaciones y estructuras reales impide la corrección adecuada, debilita la orientación práctica y genera relaciones cada vez más destructivas con el entorno.

Esto vale tanto para la vida individual como para la colectiva. En el plano subjetivo, una persona puede sostener durante un tiempo una imagen falsa de sí misma, de sus vínculos o de su mundo, pero esa falsedad acaba introduciendo tensiones entre deseo, memoria, lenguaje, afectividad y práctica. La subjetividad pierde capacidad de integrar sus niveles y se vuelve más vulnerable a la captura, a la repetición ciega o al autoengaño. En el plano político, una polis puede organizarse sobre ficciones legitimadoras, narrativas ideológicas o regímenes de apariencia muy eficaces, pero si esas formas bloquean de modo persistente la verdad de sus condiciones materiales, la descomposición termina apareciendo en forma de injusticia, violencia, alienación o incapacidad de sostener el mundo común.

Por eso el Composicionismo sostiene con firmeza que la ética y la política están subordinadas a la verdad. Esta subordinación no significa que la verdad sustituya a la ética o que la política se reduzca a un simple problema cognitivo. Significa algo más profundo: que ni la vida buena ni la organización justa del mundo común pueden sostenerse de manera duradera sobre la mentira estructural. La ética requiere verdad porque la virtud no es obediencia a normas abstractas, sino hábito de composición consistente con lo real. La política requiere verdad porque la justicia no es mera estabilización funcional del poder, sino composición no destructiva entre partes y todo, algo imposible cuando las mediaciones que organizan la polis descansan sobre la negación persistente de sus propias condiciones materiales.

La mentira no es solo error, ni únicamente manipulación intencional, ni simple desviación moral. En sentido fuerte, la mentira es descomposición material. Allí donde una estructura de vida necesita ocultar sistemáticamente lo real para sostenerse, lo que está mostrando es precisamente su inconsistencia interna. Necesita negar lo que la contradice, filtrar la resistencia del mundo, reforzar la doxa y fabricar apariencia porque no puede componerse de manera habitable con la realidad efectiva.

Frente a ello, la verdad introduce un principio de recomposición. No porque garantice automáticamente la justicia o la virtud, sino porque hace posible corregir operaciones, rearticular niveles y reorganizar la vida en condiciones más consistentes. Allí donde la verdad se abre paso, no desaparecen el conflicto ni la contradicción, pero se vuelven más legibles y, por tanto, más susceptibles de composición no destructiva. De ahí que la verdad haga habitable el mundo. Habitable significa aquí que el mundo puede ser vivido sin mentira destructiva, sin fuga gnóstica y sin sometimiento completo a la apariencia. Un mundo habitable no es un mundo reconciliado ni libre de negatividad, sino un mundo en el que las formas de vida pueden orientarse con suficiente verdad para sostener su existencia sin colapsar en autoengaño, captura o devastación.

## 10. Límites y dificultades

Toda teoría fuerte de la verdad que aspire a sostener objetividad sin recurrir a la trascendencia debe enfrentarse necesariamente a un conjunto de dificultades estructurales. El Composicionismo no constituye una excepción. Al redefinir la verdad como reconstrucción operatoria rigurosa bajo la resistencia efectiva del mundo, introduce un marco potente, pero también abre problemas que no pueden ser eludidos sin debilitar el propio sistema. Estas dificultades no son defectos accidentales ni lagunas provisionales, sino consecuencias directas de la ambición filosófica de la propuesta: pensar la verdad dentro del mundo, sin garantías externas y sin disolverla en relativismo.<sup>6</sup>

La primera dificultad es cómo identificar, medir o evaluar la resistencia del mundo. No toda resistencia es inmediatamente interpretable como criterio de verdad. Un fracaso operatorio puede deberse a múltiples factores: errores metodológicos, limitaciones técnicas, mala formulación del problema o interferencias externas. Del mismo modo, la ausencia aparente de resistencia no implica necesariamente verdad, sino que puede indicar un entorno cerrado o una operación insuficientemente exigente. Esto obliga a precisar que la resistencia no es un dato bruto, sino algo que debe ser interpretado dentro de un marco operatorio riguroso.

La segunda dificultad es el riesgo de identificar la reconstrucción operatoria exclusivamente con la ciencia empírica y sus métodos. Esto conduciría a un reduccionismo que empobrecería el sistema, limitando la verdad a aquello que puede ser formalizado experimentalmente. El Composicionismo no reduce la verdad

<sup>5</sup> La subordinación de la ética y la política a la verdad no implica primacía epistemológica sobre la acción. Significa algo más preciso: que ninguna forma de vida consistente puede sostenerse sobre falsedades estructurales de manera duradera. La distancia creciente respecto a las condiciones reales de la composición produce descomposición, no solo error. La mentira estructural no es una desviación moral: es síntoma de una composición que ya no puede habitar la realidad sin distorsionarla, lo cual introduce tensiones que, más tarde o más temprano, quiebran la consistencia del conjunto.

<sup>6</sup> Las dificultades que el artículo identifica en su penúltima sección —cómo medir la resistencia, cómo evitar el reduccionismo científico, cómo distinguir verdad de eficacia, cómo operar en contextos de captura técnica— no son problemas que el sistema promete resolver de una vez. Son tensiones constitutivas que lo obligan a desarrollarse. Un sistema que eliminara estas tensiones lo haría al precio de reintroducir algún tipo de trascendencia que garantizara la verdad desde fuera, o de renunciar a la exigencia de objetividad. El Composicionismo asume las dificultades como parte constitutiva de su enfoque: la verdad no es un estado asegurado sino un proceso siempre expuesto a límites, interferencias y condiciones históricas cambiantes.

a la ciencia. La ciencia representa una forma privilegiada de reconstrucción rigurosa, pero no agota todos los niveles de lo real. Existen dimensiones —históricas, políticas, subjetivas, simbólicas— que requieren otros tipos de mediación y que no pueden ser tratadas exclusivamente mediante métodos experimentales.

La tercera dificultad es la distinción entre verdad y eficacia. En muchos contextos, especialmente en entornos técnicos, económicos o políticos, determinadas prácticas o discursos pueden resultar altamente eficaces sin ser verdaderos en sentido estructural. Un sistema puede funcionar, producir resultados y estabilizarse, y sin embargo estar basado en simplificaciones, ocultaciones o distorsiones profundas de lo real. La eficacia puede incluso reforzar la apariencia, haciendo más difícil su cuestionamiento. Esto obliga a introducir una distinción precisa: la eficacia es un criterio operativo parcial, pero no suficiente. La verdad exige no solo que una operación funcione, sino que reconstruya adecuadamente las estructuras reales.

La cuarta dificultad es la que se refiere a los contextos de captura técnica. En entornos altamente mediatizados por tecnologías digitales, algoritmos y dispositivos de producción de información, la relación con la resistencia del mundo puede verse profundamente alterada. Las mediaciones técnicas pueden filtrar la experiencia, seleccionar la información disponible, modular la atención y el deseo, y generar entornos donde la apariencia organizada se presenta como realidad inmediata. En estos contextos, la resistencia del mundo no desaparece, pero puede quedar oculta, diferida o neutralizada. La dificultad consiste entonces en reconstruir condiciones de acceso a la resistencia en entornos donde esta ha sido parcialmente capturada o mediada. Esto implica no solo una tarea gnoseológica, sino también técnica y política.

Estas dificultades no invalidan el sistema. No muestran un fallo interno, sino el alcance de su propuesta. Un sistema que eliminara todas estas tensiones lo haría al precio de simplificar el problema o de reintroducir alguna forma de trascendencia que garantizara la verdad desde fuera. Por el contrario, el Composicionismo asume estas dificultades como parte constitutiva de su enfoque. Las dificultades obligan al sistema a desarrollarse: a precisar conceptos, a diferenciar niveles, a articular mejor las relaciones entre ciencia, dialéctica y práctica, y a enfrentar los desafíos contemporáneos sin refugiarse en soluciones simplistas.

## Conclusión

El Composicionismo redefine la verdad sin renunciar en ningún momento a su exigencia. Esta es, quizá, su aportación más decisiva: no diluir la verdad en un conjunto de prácticas equivalentes ni sostenerla mediante garantías trascendentes, sino reconstruirla desde dentro del mundo material. La verdad no desaparece al abandonar el platonismo clásico; al contrario, se vuelve más exigente, más rigurosa y más comprometida con las condiciones efectivas de la realidad.

La verdad ya no puede entenderse en los términos clásicos: no es contemplación, porque no hay acceso a un plano inteligible separado; no es correspondencia simple, porque no existe una relación inmediata entre pensamiento y mundo independiente de las operaciones que la producen; no es coherencia, porque la consistencia interna de un sistema no garantiza su adecuación a las estructuras reales; no es consenso, porque el acuerdo intersubjetivo puede estabilizar la apariencia tanto como el conocimiento. Frente a estas concepciones, el Composicionismo propone una definición más exigente y materialmente fundada: la verdad es la reconstrucción operatoria de estructuras reales bajo la resistencia efectiva del mundo.

Esta definición permite mantener la objetividad sin recurrir a la trascendencia, evitar el relativismo, e integrar dimensiones que tradicionalmente han sido pensadas por separado: la ontología, a través de la *symploké* material que define la estructura de lo real; la subjetividad, como organización producida capaz de operar, reconstruir y corregir; y la política, como ámbito que produce, organiza o bloquea las condiciones de acceso a la verdad. Esta integración permite comprender que la verdad no es neutral ni abstracta. Está siempre situada en un mundo común, atravesada por mediaciones técnicas, lingüísticas y políticas, y vinculada a la consistencia de las formas de vida.

La verdad no está fuera del mundo: se produce dentro de él, contra él y con él. Se produce dentro de él, porque no hay exterioridad trascendente desde la que acceder a lo real. Se produce contra él, porque la resistencia del mundo obliga a corregir, ajustar y transformar nuestras operaciones. Se produce con él, porque toda reconstrucción depende de las propias estructuras materiales que intenta captar. Así entendida, la verdad deja de ser un ideal abstracto o una garantía metafísica y se convierte en una práctica exigente de reconstrucción que atraviesa todos los niveles de la vida humana: no promete certeza absoluta ni acceso total a lo real, pero sí la posibilidad de orientarse en el mundo sin mentira estructural, de componer formas de vida más consistentes y de sostener una relación más rigurosa con aquello que efectivamente existe.

## Notas

**1** La crítica a las cuatro teorías clásicas de la verdad no concluye con un rechazo total de ninguna. El Composicionismo conserva una función racional parcial en cada una: la referencia a lo real en la correspondencia, la sistematicidad en la coherencia, la dimensión práctica en el pragmatismo, la dimensión social en el consenso. Lo que destruye es el soporte que convierte cada una de esas funciones en criterio último y suficiente. Esta es la operación filosófica característica del sistema en toda su extensión: conservar la función, destruir la trascendencia.

**2** La noción de resistencia efectiva del mundo como criterio material de verdad no debe confundirse con el realismo científico clásico ni con el empirismo. No se afirma que lo real sea directamente accesible como hecho bruto: lo real opone límites, genera fricción y obliga a corregir operaciones, pero esa resistencia no es un dato dado, sino algo que debe ser reconstituido dentro de prácticas operatorias rigurosas. La resistencia no es más transparente que lo que resiste. El punto de contraste con Bunge es relevante aquí: Bunge sostiene la cognoscibilidad del mundo desde una posición ontológica realista, pero sin articular la dimensión normativa que en el Composicionismo emerge de la consistencia objetiva de las composiciones.

**3** La distinción entre error, doxa y caverna introduce tres niveles de análisis que no pueden reducirse entre sí. El error es corregible mediante mayor rigor operatorio. La doxa requiere intervención sobre las condiciones materiales que la producen y estabilizan, no solo mejores argumentos. La caverna exige transformar el régimen mismo de visibilidad, lo cual es tanto una tarea gnoseológica como política. Un sistema que solo reconociera el error ignoraría la dimensión estructural de la falsedad; un sistema que solo reconociera la caverna no podría pensar la posibilidad de corrección gradual dentro de condiciones dadas.

**4** La tesis de que la verdad es estructural y situada —anclada en la *symploké* material pero producida desde una posición concreta— es el punto en que el Composicionismo se distancia de forma más precisa de la tradición de Bueno. Para Bueno, el cierre categorial de las ciencias produce verdad objetiva dentro de campos definidos; la filosofía trabaja entre cierres sin cerrar ella misma. El Composicionismo acepta la distinción de niveles pero rechaza que la verdad filosófica quede reducida a articulación entre cierres científicos: la reconstrucción operatoria dialéctica tiene su propia forma de validación a través de la resistencia del mundo común, irreductible a ninguna ciencia regional.

**5** La subordinación de la ética y la política a la verdad no implica primacía epistemológica sobre la acción. Significa algo más preciso: que ninguna forma de vida consistente puede sostenerse sobre falsedades estructurales de manera duradera. La distancia creciente respecto a las condiciones reales de la composición produce descomposición, no solo error. La mentira estructural no es una desviación moral: es síntoma de una composición que ya no puede habitar la realidad sin distorsionarla, lo cual introduce tensiones que, más tarde o más temprano, quiebran la consistencia del conjunto.

**6** Las dificultades que el artículo identifica en su penúltima sección —cómo medir la resistencia, cómo evitar el reduccionismo científico, cómo distinguir verdad de eficacia, cómo operar en contextos de captura técnica— no son problemas que el sistema promete resolver de una vez. Son tensiones constitutivas que lo obligan a desarrollarse. Un sistema que eliminara estas tensiones lo haría al precio de reintroducir algún tipo de trascendencia que garantizara la verdad desde fuera, o de renunciar a la exigencia de objetividad. El Composicionismo asume las dificultades como parte constitutiva de su enfoque: la verdad no es un estado asegurado sino un proceso siempre expuesto a límites, interferencias y condiciones históricas cambiantes.

## Bibliografía

- Bueno, Gustavo. *Teoría del cierre categorial*. Oviedo: Pentalfa, 1992.  
 Bunge, Mario. *Treatise on Basic Philosophy*. Dordrecht: Reidel, 1974–1989.  
 Davidson, Donald. *Truth and Meaning*. Oxford: Oxford University Press, 1984.  
 Foucault, Michel. *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa, 1998.  
 Lenin, V. I. *Cuadernos filosóficos*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 1974.  
 Marx, Karl. *El capital. Obra completa*. Edición de Pedro Scaron. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 2017.  
 Platón. *Sofista*. Madrid: Gredos, 2014.  
 Platón. *Diálogos IV. República*. Traducción de Conrado Eggers Lan. Madrid: Gredos, 2020.  
 Santoveña Martín, Jorge. *Composicionismo: Inversión materialista integral del platonismo*. Manuscrito inédito.